

Tomó el lápiz en la mano y se dispuso a escribir la primera palabra. La página en blanco era la primera, también, de un libro que empezaba entonces a escribirse. Se desconocen con precisión los mecanismos de los que el lápiz se sirvió, pero consiguió dominar la voluntad de la mano que lo portaba. Se anticipaba a sus decisiones y a sus pensamientos mediante una antecesión impaciente y a menudo violenta.

El lápiz fue pasando de generación en generación. Su punta afilada fue bebiendo de vasos de diversas obras y pensamientos, pero su estructura ordenada y la terquedad de su fuerza de cohesión apenas sufrieron modificaciones. En las páginas del libro fueron escribiéndose y describiéndose sus colores fundamentales: el azul del cielo y del agua que conformaba las entrañas de las estructuras básicas del ser humano; el verde de la hierba y de la esperanza, madre del futuro; el rojo de la sangre y de la sexualidad, una de cuyas consecuencias consistía en la perpetuación de la especie y, por tanto, del lápiz, de la mano, de la antecesión, del dominio; el negro de la muerte y de la vida, hemisferios siameses de una misma existencia humana. La palabra-cadena que rodeaba todos los engranajes y tiraba de las ruedas todas era una sola: control.

Negro sobre blanco, el gris se convirtió en grafito. Se endureció el carbono de sus moléculas fundamentales. Pudo brillar y ser bello, a ratos, pero nunca pudo convertirse en diamante, por mucho que como tal se tuviera a sí mismo. Sobre todo cuando se encontraba entre otros lápices. Y no siempre, pues en esto, como en toda reunión, se imponía, tácitamente, cierta jerarquía. Y cada lápiz conocía, casi de antemano, y casi perfectamente, grande y gande, su longitud relativa y su posición en tal orden.

El lápiz dibujó escuelas, sólo para lápices. Se educó a sí mismo mediante las páginas ya escritas, libros de texto, de historia. En ellos se guardaban el código genético de su comportamiento y todas las interpretaciones que sobre ella se realizaban en aquellos encerados de aulas de colegios y escuelas. Sólo en las últimas páginas del libro fue otra la audiencia y no en todo el mundo. Por las puertas de sus empresas, tan estrechas, no cupo una no-lápiz embarazada, mientras desdeñaba el trabajo de sus compañeros no-lápices, minusvalorando sus resultados y, siguiendo la lógica propia del lápiz, el salario con el que se compraba y recompensaba su trabajo. El lápiz afilaba la punta de su mástil, pero nunca supo recoger el sabor del viento. Afilaba continuamente la cornamenta y las pezuñas, con la que luchaban los ciervos de los bancos, ejércitos y grandes multinacionales. Quizá por sentirse alejado de antemano del desarrollo de una vida en el interior de un no-lápiz, miró de temeroso soslayo a este poder y lo constriñó al hogar, en el que primó la presencia de los nuevos lápices. Sostuvo una competencia feroz y automática, instalada en su propia columna vertebral. Y la única perpetuación a cuya sostenibilidad aplicó atención y esfuerzo fue la de su cornamenta, sus extremidades y la de su simple, burocrática y viril intimidad.

Sobre el papel, el lápiz definió el mundo, las calles, las ciudades y las carreteras, los puentes y los aviones, las alcantarillas y los discursos inaugurales. El lápiz calibró y animó con su punta las velocidades y las prisas del corto-plazo. Consagró las alturas y las envergaduras. Pero temió la profundidad, la trascendencia, la miopía temporal, el papel en blanco. Y nunca pudo saber cuánto lo necesitó. Su mundo acababa en una punta afilada. El lápiz, erecto, ocupó el centro de calles y plazas, pero nunca pudo percibir el tamaño exacto de tal oprobio: monumentos al valor y al honor de ser más fuerte, más lápiz, pero no más... El lápiz borró del arte los nombres de quienes, sin ser lápiz, se expresaban mediante sus obras. Muchas fueron recreadas o rebautizadas. Su pátina negra cubrió estas obras de tristeza. Las paredes de los salones se llenaron de una belleza femenina siempre incompleta e inexacta, para deleite de los ojos de

la punta de los lápices. El lápiz ensuciaba las sábanas, las mesas, las alfombras, los libros, los vasos y platos y, a continuación, señalaba que quien limpiaba no era el lápiz. El lápiz delimitaba los contornos de los territorios, escribía colores y dolores de violencia alrededor de los ojos y de la visión del porvenir. El lápiz definía la caligrafía de la palabra sociedad aunque, a menudo, su analfabetismo le impidiera leer que lo escrito fuera suciedad.

Pero el lápiz, degeración en degeneración, se rompió. No podía ser de otra manera.



Aitor Monje Garrido